

# El progreso sostenible como búsqueda de la cohesión social<sup>1</sup>

“Se desmoronaron todos los mitos, y una gran prueba de eso es que existe el mito de la mitología”.<sup>2</sup>

V. Ferreira

“La ciencia empieza a ser capaz de describir la creatividad de la naturaleza, y hoy el tiempo ya no habla de soledad, sino de alianza, entre el hombre y la naturaleza descrita por él”.<sup>3</sup>

I. Prigogine

“Pero es precisamente en estos momentos de desorientación cuando hay que saber usar el arma del análisis y de la crítica, tanto de nuestras supersticiones como de las de los demás”.<sup>4</sup>

U. Eco

*El malestar y las tensiones sociales que han acompañado al triunfo del discurso de la economía globalizada han vuelto a poner en primera línea de argumentación política el tema de la cohesión social. En gran parte, esto se explica porque los costes sociales del modelo de desregulación de los años ochenta y noventa se han hecho inocultables, y porque la construcción, un tanto ilusoria, pero no exenta de razón, de una imagen de los “buenos viejos tiempos keynesianos” ha venido a resaltar que un modelo de integración y resolución del conflicto social ha quedado desarticulado dejando fuera a los sujetos sociales –y productivos– que habían sido fundamentales en la construcción de un consenso del bienestar.<sup>5</sup> Esto nos lleva a preguntarnos por modelos alternativos al puro crecimiento económico desigual derivado de la máxima liberalización mercantil. En este texto intentaremos esbozar la idea del progreso sostenible como herramienta cognitiva y reflexiva para aplicar al debate sobre los modelos y diseños de áreas institucionales supranacionales, planteadas de manera diferente a la mera intercomunicación comercial.*

Luis Enrique Alonso es profesor de la Universidad Autónoma de Madrid

<sup>1</sup> Este texto es un fragmento de la ponencia presentada en mayo de 2007 al coloquio organizado por la Fundación AMELA y la Universidad Menéndez Pelayo, en su sede de Valencia, sobre *Modelos de integración y procesos integradores en América Latina*, dirigido por José Vidal Beneyto, a quien agradezco especialmente su invitación y sus muchos comentarios amables y sabios.

<sup>2</sup> V. Ferreira, *Pensar*, El Acanalado, Barcelona, 2006, p. 318.

<sup>3</sup> I. Prigogine, *Las leyes del caos*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 113.

<sup>4</sup> U. Eco, *A paso de cangrejo*, Debate, Barcelona, 2007, p. 259.

<sup>5</sup> M. Alaluf, *Evolutions démographiques et rôle de la protection sociale: le concept de cohesion*, Rapport Preliminaire, Comisión Europea (DGV)/ULB, Bruselas, 1999.

No hay noción más clásica, y criticada, en las ciencias sociales que la de progreso. Atribuida habitualmente a Turgot y Condorcet, hunde sus raíces en los mismos orígenes de la modernidad a lo largo del siglo XVII, cuando se empieza a introducir junto con los valores asociados a la revolución científica de la época y la secularización del pensamiento occidental.<sup>6</sup> La creencia en el progreso como movimiento de avance del conjunto de lo social entronca a la vez con una forma de optimismo casi natural en el avance de las sociedades humanas por el impulso de mejora de las obras de los hombres, y con una forma de voluntarismo de creencia en el esfuerzo de los hombres de mentalidad abierta al cambio y a la ciencia para acabar con la oscuridad proyectada por la superstición y el conservadurismo. El progreso –y el progresismo– se convierte así en elemento esencial de un discurso histórico e historicista de concepción de movimiento de la sociedad como una fuerza natural al cambio hacia mejor, apoyado en la creencia en los efectos siempre positivos de la ciencia, el impulso de la voluntad del cambio frente a las rémoras del pasado y la imparabile reforma social devenida de la programación de la razón y la fuerza del pensamiento.<sup>7</sup>

Emparejados con la primera idea del progreso aparecen así fenómenos intelectuales bien conocidos como el positivismo, el determinismo científico o tecnológico o el meritocratismo intelectual –luego, habitualmente asociados, curiosamente y casi paradójicamente, al pensamiento conservador–, pero también se abre la otra constelación semántica situada en el pensamiento de izquierda, donde la idea de lucha social se tiende a hacer prácticamente sinónimo de pensamiento progresista. En este espacio nos encontramos la idea de reforma (y revolución) social, la lucha de las mayorías contra las minorías autoritarias, el aumento del poder de decisión y autonomía de las personas, la libertad para la construcción de un futuro mejor y los viejos ideales republicanos de la marcha casi ineluctable hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad.<sup>8</sup>

La fe en el progreso, sin embargo, es hoy uno de los discursos más devaluados. Se han señalado primero sus inconsistencias lógicas –la propia noción de progreso confunde medios y fines, es tautológica–, su naturalismo, su matriz fundamentalmente religiosa (la fe cristiana), su teleologismo, su etnocentrismo, su excesivo optimismo antropológico, su armonicismo social, su confianza en el automatismo y la visión lineal de la evolución humana, y un largo etcétera de acusaciones que acaba siendo rematado cuando, con el movimiento posmoderno, se decreta el fin de los grandes metarrelatos de la modernidad y la muerte de los grandes principios macro legitimadores del imaginario social occidental.<sup>9</sup> Ahí,

---

<sup>6</sup> J. Bury, *La idea de progreso*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, y R. Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1987.

<sup>7</sup> R. Wright, *A Short History of Progress*, Carroll and Graf, Nueva York, 2004.

<sup>8</sup> A. Campillo, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la Historia*, Anagrama, Barcelona, 1995.

<sup>9</sup> J. Gray, *Las ilusiones del progreso*, Paidós, Barcelona, 2006, y A. López Tobajas, *Manifiesto contra el progreso*, El Barquero, Barcelona, 2005.

evidentemente, la marcha de la historia y la confianza en el progreso son los primeros grandes discursos en deconstruirse y, frente a cualquier visión positiva, en estos últimos años hemos recibido una fuerte revisión de los aspectos más destructivos en el campo ecológico-militar, social, económico y cultural del discurso del progreso, reduciéndolo al gran relato de la acumulación científica y económica. La desconfianza en la historia, el canto al caos, el relativismo cultural, el antirrealismo, el individualismo y un cierto cinismo metodológico se han convertido en señas de identidad en el pensamiento posmoderno.<sup>10</sup> Por lo tanto, la más simple referencia a la noción de progreso, además de caduca y periclitada, aparece cargada de todos los peores males y presagios del agresivo mundo occidental.

Pero este ataque posmoderno a la idea de progreso, ni ha tenido socialmente unos efectos emancipadores o catárticos, ni tampoco está libre de desenfoces teóricos importantes. Porque si la confianza en la posibilidad y la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la población, y en particular de la población más desfavorecida, está plagada de todas las ilusiones y espejismos de la modernidad occidental, su discurso antitético, la desconfianza en el progreso y la negación de las conquistas sociales, jurídicas y económicas de la modernidad, además de ser una postura más o menos vistosa en círculos intelectuales, ha dejado desarmada la capacidad de movilización social refugiándonos en el fatalismo y el escepticismo más cómodo, hueco del discurso donde han entrado con más fuerza el individualismo posesivo, el descompromiso social, el desarrollismo o el economicismo más descarnado.<sup>11</sup> Atacar al progresismo ha sido con seguridad brillante intelectualmente, pero socialmente nos ha dejado sin alternativa social consistente y con una cierta indefensión en el campo de los discursos de reforma. Es suficientemente indicativo que las fuentes intelectuales de los temidos *neocons* sean también serias negadoras del progreso.<sup>12</sup>

Por otra parte, no aceptar el progreso se ha convertido muchas veces en una actitud tan absolutista e ilusoria como aceptarlo, seguramente porque se ha convertido en concepto negativo por sí mismo (de manera tan automática como lo hacía positivo la actitud convencional) y se ha perdido de vista que la

La fe en el progreso es hoy uno de los discursos más devaluados

---

<sup>10</sup> J. F. Lyotard, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1984, y K. Hart, *Postmodernism*, Oneworld, Oxford, 2004.

<sup>11</sup> J. D. Sacristán de Jaime, *Vivir sin dioses: utopía, ética y progreso después del mito*, Serbal, Barcelona, 2006.

<sup>12</sup> L. Strauss, *¿Progreso o retorno?*, Paidós, Barcelona, 2004.

noción, si tiene sentido –el cambio hacia mejor–, sólo lo es como noción normativa, contextual y evaluativa de situaciones concretas, científicas, técnicas, sociales y humanas reales.<sup>13</sup> El progreso, por tanto, no tiene ninguna necesidad lógica –ni histórica– de ser lineal y absoluto; de hecho, progresos ha habido en todos los tiempos, espacios y culturas. Por lo tanto, sólo hay progreso como progreso concreto en relación con ciertos ideales que son históricos y contextuales, y el estado de bienestar social, político y económico de cualquier territorio no deja de ser el producto reflexivo de las aspiraciones –conflictivas– de cambio y mejora de los grupos sociales presentes.<sup>14</sup> Los avances de todo tipo que hemos vivido no son ni naturales, ni generales, ni universales, ni irreversibles, pero muchos de ellos son absolutamente incontestables y su pérdida o reversión sólo significarían un aumento de los costes y los sufrimientos para muchos seres humanos. El progreso no puede ser sólo un relato providencial, sino que tiene que tomar una dimensión histórica. Es un producto y un productor de hechos sociales y, depurado de sus rituales naturalistas y absolutistas y de su eterna tendencia a ser confundido con el determinismo tecnológico, ha sido, es y será un concepto fundamental en la definición normativa de la vida cotidiana de grupos sociales empíricos.<sup>15</sup>

---

El discurso de la sostenibilidad del capital natural o del capital social reclama siempre un enfoque multidisciplinar donde lo social y lo natural quedan integrados coherentemente y en permanente balance de cara al establecimiento de paridades

---

## La sostenibilidad como discurso marco del principio de precaución

Si la noción de progreso es una de las más antiguas en la historia de las ciencias sociales, la de la sostenibilidad es, sin embargo, una de las más recientes en el encuentro, además, entre las ciencias ambientales y las ciencias humanas; no obstante, ha arraigado fortísimamente en los usos lingüísticos y en el propio imaginario social de la cultura, primero crítica y luego general, contemporánea. Desde el famoso informe Brundtland de finales de los años ochenta del pasado siglo, potenciado luego con la Cumbre de Río y su Agenda 21 como plan de acción aplicable a temas sociales, económicos y culturales, el concepto de des-

---

<sup>13</sup> J. Wagensberg y J. Agustí, *El progreso, ¿Concepto acabado o emergente?*, Tusquets, Barcelona, 1998.

<sup>14</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia: modernidad, presente, progreso*, Paidós Ibérica, 2005.

<sup>15</sup> N. Birnbaum, *Después del progreso: reformismo social estadounidense y socialismo europeo en el siglo XXI*, Tusquets, 2003.

arrollo sostenible se pone en circulación con gran éxito popular, para dar a entender un proceso económico y social que, respondiendo institucionalmente a las necesidades actuales, no comprometa la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus necesidades. Ello implica tanto un respeto real y radical al medio ambiente, como una perspectiva de equidad entre el Norte y el Sur, saliendo de los modelos de depredación de recursos en estos momentos vigentes tanto ecológica como económica y socialmente.<sup>16</sup> La noción del desarrollo sostenible ponía en juego, de este modo, un conjunto de dimensiones, presentadas como retos, tanto en lo tocante a un cambio de modelo de producción y consumo, como en el incremento de la participación democrática de los sujetos, organizaciones e instituciones sociales en la toma de decisiones, así como en la generación de valores de respeto con la biosfera, los recursos naturales y los patrones de comportamiento y consumo. El hecho mismo de la sostenibilidad nos introducía el principio de precaución<sup>17</sup> como regulador de las posibilidades de anticipación de riesgos, limitando los usos no seguros de las aplicaciones científicas o las innovaciones técnicas no suficientemente contrastadas.

La vocación del concepto de desarrollo sostenible como concepción integral –que envuelve compromisos medioambientales, de cambio de valores y actitudes, de estilo de vida y principios éticos– ha hecho que el término sostenible se haya convertido en adjetivo para múltiples sustantivos como consumo, tecnología, economía, uso y hasta sociedad, siempre indicando un compromiso con la renovación de recursos, la no agresión social y/o ambiental, la equidad, la previsión de las consecuencias no queridas de la acción, la no superación de umbrales de riesgo, la asunción del compromiso cívico y la participación social, etc. Adjetivo, pues, que tiende a proyectar una mirada de responsabilidad hacia el futuro, y equidad social y enfoque integral hacia todo lo que asocie. El discurso de la sostenibilidad, fuerte o débil, del capital natural o del capital social, micro o macro, reclama siempre, y esto es lo importante aquí, un enfoque multidisciplinar que, además de asociar la degradación medioambiental a los problemas de desarrollo y a los posibles costes sociales del mismo, trata de plantear enfoques híbridos donde lo social y lo natural quedan integrados coherentemente y en permanente balance de cara al establecimiento de paridades.<sup>18</sup>

## A modo de reflexión final

Cuando aquí hablamos de progreso sostenible, estamos precisamente primando uno de estos enfoques *híbridos* que quiere recoger el proyecto inacabado de la modernidad en

---

<sup>16</sup> J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro económico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

<sup>17</sup> H. Jonas, *El principio de precaución*, Herder, Barcelona, 1995, J. Riechmann y J. Tickner (eds.), *El principio precaución. El medio ambiente y la salud pública: de las definiciones a las prácticas*, Icaria, Barcelona, 2002.

<sup>18</sup> M. Boada y D. Saurí, *El cambio global*, Rubes, Barcelona, 2002.

cuanto a la profundización en los derechos humanos cívicos personales y sociales, bajo la firme convicción de que sólo la confianza de un proceso humano reflexivo que supere el nihilismo y el desánimo –tan próximamente posmodernos– puede producir conocimientos relevantes para las grandes áreas socioeconómicas deprimidas y para los grandes grupos de población excluidos y desintegrados. La sostenibilidad apunta al compromiso con equilibrios económicos, ecológicos y sociales regulados por un elemental principio de precaución y de sustitución de las ideas del puro crecimiento económico lineal, acumulativo (y explosivo) al que se le atribuían mitológicamente beneficios generalizados e inmediatos, por un proceso de selección previa –y no sólo de recepción de impactos– de tecnologías, estrategias de empleo y políticas de integración y cohesión social. Una política de desarrollo sostenible supone la definición, para un área geográfica histórica y políticamente determinada –que necesariamente ya es multinacional–, de un conjunto de acciones evaluables que dan prioridad a los sujetos sociales y sus capacidades de actuación y modificación de las condiciones socioeconómicas en que interactúan.<sup>19</sup> Frente al determinismo económico y tecnológico que ha consagrado el discurso de la globalización –en el que el único papel de las áreas territoriales es adaptarse a la competencia dentro de un modelo económico considerado como homogéneo, universal e inalterable sin sujetos ni responsables–, la idea de progreso sostenible nos pone en contacto con un desarrollo no guiado por la mano invisible del mercado mundial, sino por los cerebros visibles y las voluntades reconocibles de grupos, organizaciones e instituciones que producen políticas deliberativas como guías de un futuro no tanto recibido de manera fatalista –el fatalismo de la globalización– como buscado racionalmente en contextos geográficos supranacionales integrados con capacidad de decisión.<sup>20</sup>

Sabemos de la ambivalencia del proyecto moderno,<sup>21</sup> que hace del progreso un término polisémico que nos puede llevar por una vía a los sistemas de protección social y promoción cultural o, por otra, a la carrera armamentística, la degradación ecológica o la pura especulación mercantil. Las áreas de integración multinacionales pueden servir a un proyecto de pura ampliación y profundización de los mercados –el proyecto de Adam Smith, el del progreso y la modernización como liberalización del mercado y universalización del mecanismo de los precios– o a un proyecto de aumento de la cohesión social y la solidaridad orgánica –el proyecto Durkheim del progreso como integración social, consciencia colectiva y religión civil–. Gran parte de nuestro futuro social depende de qué sentido entre ambos tome la posición hegemónica en la definición del modelo de desarrollo.

---

<sup>19</sup> J. Martínez Alier, *Introducción a la economía ecológica*, Rubes, Barcelona, 1999, y M. Jacobs, *La economía verde. Medio ambiente, desarrollo sostenible y la política del futuro*, Icaria, Barcelona, 1997.

<sup>20</sup> L. E. Alonso, *La crisis de la ciudadanía laboral*, Anthropos, Barcelona, 2007.

<sup>21</sup> Z. Bauman, *Modernidad y ambivalencia*, Anthropos, Barcelona, 2005, y J. Habermas, *Facticidad y validez sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Trotta, Madrid, 1998.

El progreso sostenible es pues y básicamente un proyecto de desarrollo con cohesión social. No se le puede negar a la mayoría de las zonas de nuestro planeta la posibilidad de desarrollo –por mucho que el concepto esté impregnado de todo el occidentalismo y productivismo del mundo–, pero sólo un compromiso con un cierto principio de precaución generalizada y de redistribución consciente de los recursos (esto es, con la idea de que el bienestar no es un subproducto del crecimiento y el rebose de ventas de las élites a los sectores mayoritarios de la población por simple goteo) hace del desarrollo un progreso sostenible que tiene y busca efectos de cohesión e integración social.